

FINANZAS SACRAS EN SANTUARIOS DE ISIS Y SERAPIS

REBECA RUBIO

Universidad de Castilla-La Mancha

RESUMEN

El presente artículo estudia la economía de los santuarios de Isis y Serapis como uno de los motivos fundamentales que propiciaron la difusión de los cultos egipcios en el Imperio Romano. El mantenimiento de los cultos se debía a los fieles, sobre todo al carecer del mecenazgo público que alimentaba a los dioses del panteón oficial. La riqueza de los santuarios relacionados con el culto a Isis y Serapis, entre los que se estudia el caso del Iseo de Pompeya, así como las estatuas de culto, el número de ofrendas y ex-votos depositados en los templos, son testimonios que confirman el éxito y poder de los cultos egipcios tanto en la captación de bienes como en la devoción de sus fieles. Por último se realiza un análisis sobre los distintos tipos de cuotas que pagaban los devotos y las ocasiones y circunstancias en las que se realizaban las donaciones.

ABSTRACT

The following paper studies the economy of the sanctuaries of Isis and Serapis and analyzes it as one of the main reasons that explain the wide spread of this cults throughout the Roman Empire. The faithful took care of the expenses of the cult since Isis and Serapis lacked the financial aid of the state. The wealth of the sanctuaries of the Egyptian gods - the case of Pompeya is treated in length - together with the cult statues, the profusion of offers and ex-votos found in the temples confirm the success and power of the Egyptian cults both in raising revenues and in the devotion of their believers. Finally, the economic aid provided by the faithful is analyzed paying special attention to the frequency and circumstances of the donations.

Una de las claves de la difusión de los cultos egipcios alejandrinos fue, precisamente, la economía de sus santuarios. En efecto, el ámbito económico de Iseos y Serapeos, debió constituir un factor trascendental, no sólo cuando se debía construir, acondicionar y ornar adecuadamente un santuario, sino también a la hora de asegurar el mantenimiento del culto y fomentar su promoción. Máxime si se tiene en cuenta, que los cultos egipcios no estaban integrados en la religión oficial - aún cuando llegaron a estar en la práctica casi "oficializados" - y por ello, con frecuencia, permanecieron ajenos, a la promoción y al mantenimiento económico que dispensaban los entes públicos (locales, provinciales o estatales) a otros cultos.

Toda vez, que su pervivencia dependía única y exclusivamente de sus propios medios o de los recursos que pudieran captar, resulta evidente la importancia que poseía la economía para estos santuarios, como también el conjunto de mecanismos proselitistas y recaudatorios desplegados con el fin de contar con la financiación y los recursos suficientes¹.

La propia difusión del culto estaba condicionada por el factor económico, de modo que su propagación en una ciudad, desde las primeras manifestaciones culturales hasta su consolidación en el marco de un santuario -o incluso de varios santuarios-, era directamente proporcional, no sólo al número de fieles que lograra atraer, sino, sobre todo, a la cuantía de ofrendas y contribuciones que éstos estuvieran dispuestos a donar para sus dioses.

En todo caso, el éxito que alcanzó la religión isíaca fuera de Egipto, constituye un indicio de lo saneada que pudo llegar a estar la economía que sustentaba a los santuarios surgidos en todo el Mediterráneo, primero en algunas de las ciudades de la Grecia helenística y luego de las provincias del Imperio romano. Con frecuencia, el esplendor de los complejos arquitectónicos que alojaban a los dioses llegados de las orillas del Nilo, son un claro exponente de los recursos que esta religión era capaz de obtener y un fiel reflejo de la generosidad y dadivosidad de sus devotos.

Por doquier la envergadura arquitectónica y la suntuosidad y riqueza decorativas que ostentaron muchos de los templos y santuarios de los dioses nilóticos, que aún se traslucen, más o menos desdibujadas, en sus vestigios arqueológicos, revelan la vastedad de los medios con que pudieron llegar a contar. Un ejemplo excepcional y privilegiado, en este sentido, es el Iseo de Pompeya².

El completo cuadro documental que proporciona Pompeya, no sólo por el estado de conservación del santuario y por el nutrido número de inscripciones preservadas en él, sino también por la posibilidad que ofrece de establecer un análisis comparativo con respecto a otros templos y edificios pompeyanos, permite desvelar rasgos significativos de las elevadas cotas alcanzadas por el culto isíaco, en más de un sentido. En primer lugar, conviene destacar las características del emplazamiento del Iseo, pues aunque no llega a ocupar un lugar en el Foro (como sí se constata, en cambio, en alguna de las ciudades del Imperio), se erige en una área céntrica y eminentemente pública de la ciudad, junto al Teatro

¹ Los propios sacerdotes de estos santuarios eran los principales agentes en el despliegue de esos mecanismos proselitistas y recaudatorios, pues al ser la mayoría integrantes de un clero profesional permanentemente al servicio de los dioses nilóticos, contribuyendo a aumentar la prosperidad del santuario al que pertenecían, se aseguraban su propio bienestar.

² V. Tran Tam Tinh, *Le culte d'Isis a Pompéi*, París 1964.

Grande, el Odeón, la Palestra Samnita, el Foro Triangular y otros templos (como el de Júpiter Meilichios o el de Neptuno).

No menos reveladora resulta la comparación de las dimensiones de la superficie ocupada por el Iseo respecto a otros templos y santuarios pompeyanos, siendo superior a la de los templos de la Fortuna Augusta y Júpiter Meilichios, y equivalente a la del propio templo de la Tríada Capitolina o al de Mercurio³. Pero una circunstancia fortuita nos permite llegar aún más lejos en el establecimiento de elocuentes comparaciones. El terremoto que asoló la ciudad en el año 62 d.C., tan sólo 17 años antes de su destrucción por la erupción del Vesubio, permite apreciar cómo, del conjunto de los edificios públicos de la ciudad gravemente dañados, sólo en el Iseo y en el Anfiteatro se habían concluido totalmente las obras de restauración. En cambio edificios principales, como la Curia, habían sido provisionalmente reparados, mientras que en otros apenas se habían iniciado las obras. Respecto a los templos, todos ellos, incluidos los de las divinidades políadas, presentaban un aspecto deslucido (casi destartado) y únicamente el templo dedicado a Vespasiano, constituía una excepción, al haber sido construido *ex novo* en el foro. La financiación con fondos privados fue la clave de la pronta restauración de determinadas construcciones, frente a la incapacidad del erario municipal de afrontar a un tiempo los costes de la reconstrucción de tantos edificios públicos⁴.

Precisamente, la intervención de privados en la financiación de la reconstrucción de la ciudad, pone de manifiesto las preferencias de los pompeyanos, desinteresados en contribuir a la rehabilitación de edificaciones emblemáticas de la ciudad, y propensos, en cambio, a costear complejos destinados al ocio, como las termas y el anfiteatro⁵, o bien determinados templos, como los dedicados al culto imperial o a la religión isíaca⁶, que constituyen un claro exponente de la predilección por estos cultos.

Asimismo, el Iseo, que debido a la destrucción sufrida por el seísmo fue íntegramente reconstruido en el solar en el que se emplazaba el antiguo templo, vio ampliada la superficie ocupada por sus dependencias al conseguir la anexión de una área de más de 100 m² a costa de la

³ Sobre la comparación de superficies de los templos de Pompeya: V. Tran Tam Tinh, *op.cit.*, 39, nota 2.

⁴ P. Gros - M. Torelli, *Storia dell'urbanistica. Il mondo romano*, Roma-Bari 1988, 231.

⁵ P. Gros - M. Torelli, *ibidem*. Respecto a las termas, se aprecia un claro interés por restablecer su funcionamiento, de modo que las Termas del Foro habían sido provisionalmente rehabilitadas y abiertas al público, mientras que se construyó incluso un nuevo complejo termal, las Termas Centrales.

⁶ Así, el patrocinio privado permitió la total reconstrucción del Iseo (*CIL*, X, 846); en concreto, fue N. Popidius Celsinus, quien con la herencia que le había legado su padre, hizo gala de su prodigalidad y de sus preferencias por el culto de Isis.

vecina Palestra, es decir, un espacio público⁷, para lo cual debió contar con la aprobación de las autoridades locales⁸. Pero además, resulta muy ilustrativo que la reconstrucción completa del santuario isíaco se culminara en tan sólo un año, siendo reabierto el templo al culto y a sus devotos, al año siguiente del terremoto. La construcción del templo y su rica decoración de estucos fueron sufragados por *N. Popidius Celsinus*⁹, mientras que otras estructuras accesorias del santuario o su mobiliario sacro fueron costeados por otros devotos¹⁰. Además, un testimonio insólito de la prosperidad de que gozaba el santuario en el momento de su definitiva destrucción es el hallazgo de los cuerpos de los sacerdotes isíacos en las vías próximas al templo, que en su huida llevaron consigo cuantos objetos de valor, especialmente de oro y plata, pudieron cargar¹¹.

Paralelamente a las consideraciones que se traducen de las estructuras arquitectónicas de los santuarios egipcios, existen otros elementos alusivos a la riqueza de los centros de culto. Así, la calidad de algunas estatuas de culto o el extraordinario número de ofrendas y ex-votos depositados en los santuarios -estatuillas, altares y objetos de todo tipo-, hablan por sí solos del cúmulo de bienes y riquezas susceptibles de ser reunidos en éstos, constituyendo la plasmación material de la fe y el agradecimiento de los devotos. Por ello, conviene tener presente que el patrimonio de un santuario no sólo se cifraban en el montante de dinero recaudado por distintos medios y atesorado en las arcas del templo, sino también por el conjunto de objetos sagrados y rituales, que podían llegar a poseer un considerable valor -al ser de metales preciosos o poseer un valor artístico, etc.-¹² y que eran objeto de tesaurización, formando parte de las reservas económicas del santuario.

De la riqueza que podían llegar a suponer estos objetos sacros nos proporcionan una idea aproximada los inventarios de los Serapeos de

⁷ V. Tran Tam Tinh, *op.cit.*, 40.

⁸ V. Tran Tam Tinh (*ibidem*) considera que debió producirse por un decreto especial, poniendo de manifiesto el privilegio de que gozaba la religión isíaca y la consiguiente influencia política y social de los isíacos en Pompeya. En cambio, M. Malaise (*Inventaire préliminaire des documents égyptiens découverts en Italie*, Leiden 1972, 267) lo atribuye a la confusión y devastación de estos años posteriores al terremoto.

⁹ Véase nota 5.

¹⁰ Así, por ejemplo, las fuentes lustrales situadas junto a la entrada del templo fueron ofrecidas por un duumviro de la ciudad (*CIL*, X, 843), mientras varias estatuas y aras que decoran el santuario fueron dedicadas por diversos fieles. Además había una caja en la que los devotos podían introducir sus donaciones monetarias: V. Tran Tam Tinh, *op.cit.*, 36.

¹¹ V. Tran Tam Tinh, *op.cit.*, 113, lo atribuye al celo religioso por salvar los objetos de culto y las imágenes de sus dioses, sin embargo entre la variedad de objetos con que cargaron, no todos poseían un valor religioso y sí, en cambio, un valor económico.

¹² C. Alfano, "Le offerte alle divinità egizie a Roma", *Sc. Ant. (Atti del Convegno internazionale "Anathema. Regime delle offerte e vita dei santuari nel Mediterraneo Antico")*, 3-4 (1989-1990), 786-791.

Delos¹³, tanto por la variedad de objetos que enumeran¹⁴ -multitud de vasos y contenedores de todo tipo, incensarios, lucernas, estatuillas, imágenes, placas grabadas, joyas de oro, plata y piedras preciosas, etc.-, como por la cantidad y la riqueza de algunos de éstos. De este modo, se pone de manifiesto la doble función y utilidad de las ofrendas de objetos, por su valor sagrado y por su valor crematístico¹⁵.

Con todo, existían también múltiples mecanismos para recaudar fondos en efectivo, bien mediante el pago de cuotas fijas y periódicas para garantizar el mantenimiento del culto cotidiano¹⁶, bien con la cuestión ocasional con motivo de alguna festividad, procesión, etc., o bien a través de la suscripción con algún fin específico, como la construcción de edificaciones accesorias “necesarias” en el santuario o la rehabilitación/reconstrucción, etc.¹⁷, sin olvidar el pago de sustanciosas cifras al ser requerido un servicio específico e individual, como la iniciación¹⁸, la curación, etc.

Un ejemplo expresivo de las formas de cuestión es la presencia en los santuarios de *thesauroi*¹⁹, huchas en las que se depositaban los donativos. El acta de los *hieropoioi* de Delos menciona la recaudación de

¹³ P. Roussel, *Les cultes égyptiens à Delos du III^e au I^{er} siècle av. J.-C.*, Nancy 1916, 209-238. Véase un índice de las diversas ofrendas en L. Vidman, *Sylloge Inscriptionum Religionis Isiacae et Sarapiacae*, Berlín 1969, 80-87 (En adelante: *SIRIS*), así como algunos aspectos específicos en: *Id.*, “Quelques remarques sur les inventaires des Sérapées de Délos”, *Acta V Int. Congr. of Greek and Latin Epigraphy*, Oxford 1971, 93-99. Asimismo, en general, sobre los inventarios de los santuarios de Delos, véase: T. Linders, “The purpose of inventories: a close reading of the Delian inventories of the Independence” en *Comptes et inventaires dans la cité grecque*, Neuchâtel-Ginebra 1988, 37-47; *Id.*, “The Delian Temple Accounts. Some observations” *Opuscula Atheniensi* 19.6 (1992), 69-73.

¹⁴ Sobre el carácter de las diversas ofrendas véase: F. Dunand, *Le culte d'Isis dans le Bassin Oriental de la Méditerranée*, Leiden 1973, II, 106-107.

¹⁵ En general, sobre la importancia del valor económico de las ofrendas religiosas en los santuarios griegos, véase por ejemplo: C. Ampolo, “Fra economia, religione e politica: tesori e offerte nei santuari greci” en *Sc.Ant.* 3-4 (1989-1999), 271-279.

¹⁶ El culto cotidiano es una característica específica del culto isíaco, ajena a la religión grecorromana. En efecto, siguiendo la concepción de la religión egipcia, de que la estatua de culto representaba la encarnación viviente de la divinidad, se desarrollaban diariamente ritos y ceremonias en las que se aseaba, vestía y ornaba a la estatua, se le ofrecían alimentos, libaciones, etc. Apuleyo, *Metamorfosis*, XI, nos brinda una detallada descripción de este culto cotidiano. Por ello, el mantenimiento del culto cotidiano en Iseos y Serapeos, producía continuos gastos.

¹⁷ Precisamente en Delos se han atestiguado varias listas de suscriptores, catálogos en los que se registraban los nombres y el objeto para el que se hacían necesarias las aportaciones económicas; así, por ejemplo, para la construcción de un *hydreion*: P. Roussel, *op.cit.*, n1 175, además otros ejemplos en n1 167 y 176-178.

¹⁸ Sobre el pago de diversas sumas por la iniciación, una vez más, resulta muy elocuente y explícito Apuleyo, *Metamorfosis*, XI, 22 ss., que nos brinda una excepcional y detallada información analizada más adelante.

¹⁹ Un *thesaurus* redondo dedicado en el Serapeum A de Delos, con inscripción: *IG XI*, 4, 1248. También en L. Vidman, *SIRIS* n^{os}. 95 y 137. Otro fue hallado en Pompeya, véase nota 9.

los *thesauroi* de los templos de la ciudad: la del Serapeo C, era inferior a la del santuario de Apolo -el santuario principal de la ciudad-, pero era muy superior a lo obtenido en los de Asclepios, Artemis y Afrodita²⁰.

Asímismo, una pieza clave en la cuestación tanto periódica, como ocasional, son los *collegia* y corporaciones vinculadas al santuario, tanto de los denominados de forma genérica *cultores*, como de cofradías específicas como Sarapiastas, melanóforos, pastóforos, etc. Las cuotas de sus integrantes contribuirían a sostener los gastos derivados del culto cotidiano -que hacía necesarias ofrendas alimenticias, perfumes, flores, ricas vestiduras, etc., con las que agasajar y honrar diariamente a la estatua de culto o cumplir otros ritos²¹-, y con frecuencia, participaban en los gastos esporádicos, pero cuantiosos, que debía afrontar el santuario, tales como determinadas construcciones, reparaciones, infraestructuras, mobiliario, etc²². Los ejemplos que podrían citarse son numerosos²³, pero, en todo caso, conviene señalar que en todos estos gastos participarían igualmente con asiduidad los devotos, a título particular.

Por otra parte, queda por analizar otra modalidad de recaudación, a la que ya se ha aludido, por el cobro de servicios especiales requeridos al santuario, a título personal. Entre estos servicios -distintos de las peticiones que elevaban los devotos a la divinidad-, que comportaban acciones y rituales específicos e individualizados, y a veces la intervención de sacerdotes especializados, cabe destacar la iniciación, la predicción y la curación. Evidentemente el requerimiento de estas prestaciones extraordinarias por alguno de los fieles, conllevaba el desembolso de unos elevados honorarios, justificados no sólo como donación a la divinidad, de la que en definitiva se solicitaba una intervención concreta, sino también el importe de los sacrificios, libaciones y cuantos elementos o ritos fueran necesarios para cumplir con el ritual o las prescripciones divinas, así como la retribución a los sacerdotes oficiantes, en ocasiones, especialistas cuya participación se consideraba imprescindible, tales como terapeutas, *oneirocritai*, aretólogos, etc., máxime en un culto caracterizado por sus complejos e indescifrables rituales. Sin olvidar el pago del uso y la permanencia -a veces prolongada- en determinadas estancias y dependencias del santuario.

²⁰ IG, XI, 442, A, 156; Roussel, *op.cit.*, 207 y 259; F. Dunand, *op.cit.*, II, 90.

²¹ Sobre las particulares exigencias del ritual cotidiano véanse, entre otros: M. Malaise, *Les conditions de pénétration et de diffusion des cultes égyptiens en Italie*, Leiden 1972, 139 ss.; F. Dunand, *op.cit.*, III, 200 ss.; R. Turcan, *Les cultes orientaux dans le monde romain*, París 1989, 107 ss.

²² Una vez más, el caso de Delos resulta esclarecedor, tanto por la variedad de las asociaciones vinculadas al culto alejandrino, como por los datos específicos de las contribuciones económicas registradas en los inventarios: F. Dunand, *op.cit.*, 107 ss.

²³ Así, resulta expresiva la denominación de una de estas asociaciones culturales en Delos, los *eranistai*, "los cuestadores". Roussel, *op.cit.*, 20; IG, XI 4, 1223; Vidman, *SIRIS*, 64.

Uno de los testimonios más explícitos, en este sentido, es el que nos proporciona Apuleyo en su obra, *Metamorfosis*, al describir las distintas fases de la iniciación de Lucio en los cultos isíacos y los costes que acarreaba, con comentarios no exentos de ironía. En primer lugar, Lucio alquila una habitación dentro del santuario (XI, 14, en Cencreas) y luego debe hacer frente a los gastos del ritual de iniciación -cuyo presupuesto era sugerido por la propia diosa- (XI, 21-22), así como asumir el coste de las ceremonias y banquetes que, inducido por el júbilo, se prolongan dos días más (XI, 24). Sin embargo, en Roma la diosa le propone en sueños una segunda iniciación en los misterios de Osiris (XI, 27), que no puede cumplir de inmediato, no por falta de fe, sino precisamente por la precariedad de los medios económicos con los que cuenta, hasta que apremiado:

... y al verme acosado a cada paso por la insistencia de la divinidad. En medio de una gran turbación recibo una y otra vez no sólo incitaciones sino incluso hasta órdenes apremiantes del dios por lo que, desprendiéndome hasta de mi vestido (por más que era bien pobre), consigo arañar la pequeña suma que necesitaba. La orden tenía unos tintes especiales: «Si tú», me dice, «hicieras tus cálculos para conseguir un objeto de placer, no te andarías con remilgos a la hora de desprenderte de tus vestiduras, ¿y vas a andar con reparos a la hora de abrazar una pobreza que nunca te ha de penar y cuando te dispones a iniciarte en unos cultos tan importantes?»²⁴

Pero cuando por fin cumple con la voluntad divina, se ve conminado en sueños a iniciarse una tercera vez.

dejándome llevar de la prodigalidad, preparo lo necesario para la iniciación disponiéndolo todo movido más por mi sentimiento religioso que por las posibilidades de mi situación económica. Y la verdad es que no tuve que lamentarme ni de sacrificios ni de los gastos²⁵

Sin duda, la iniciación, con sus promesas de una vida eterna de bienaventuranza e incluso con las expectativas de contar con los favores divinos en la vida terrena, cuando no de un contacto privilegiado con la divinidad, debió ser consumada por muchos de los devotos isíacos y promovida por el clero del templo, habida cuenta de los elevados y continuos beneficios que podía reportar.

De igual forma, la curación, particularmente en aquellos santuarios especializados en la faceta salutífera de los dioses nilóticos, tales como los Serapeos de Alejandría y Menfis, debió resultar también considera-

²⁴ Apuleyo, *Metamorfosis*, XI, 28, traducción de F. Pejenaute Rubio, *El Asno de Oro*, Madrid 1988 (Akal Clásica, 11).

²⁵ Apuleyo, *Metamorfosis*, XI, 30 (Trad. F. Pejeanute Rubio).

blemente rentable. La fama que les precedía y avalaba, con el abultado elenco de sus curaciones milagrosas, detalladas por los apologetas de los dioses²⁶, contribuirían a asegurar la prosperidad de estos santuarios. Los enfermos acudían para lograr su curación, principalmente mediante la *incubatio*, el sueño ritual en el que se aparecía el dios, prescribiendo la *therapeia*²⁷. Si bien, la autosugestión facilitaría la curación, los médicos del templo contribuirían con sus remedios a engrosar nuevas curaciones milagrosas al elenco de las que ya se propalaban de boca en boca. No obstante, el tiempo de permanencia de los enfermos en el santuario multiplicaría proporcionalmente los costes de rituales, ceremonias, etc., revirtiendo siempre en las sacras arcas. Algo similar, aunque no correspondiera exactamente a casos de enfermedad "física", ocurría con la singular figura de los *katochoi*, "los retenidos" del dios, que permanecían recluidos largas temporadas en las estancias de los Serapeos²⁸, por lo general por prescripción divina a través del sueño. La estancia que a veces se prolongaba durante años, sin duda, no era gratuita, suponiendo otra fuente de ingresos para los santuarios egipcios.

Respecto a la función profética y oracular, era ésta una prestación usual ofrecida por los santuarios isíacos y serapeicos, por medio de la revelación onírica, a través del sueño ritual en las dependencias del templo²⁹, y para cuya adecuada interpretación era imprescindible el intérprete de sueños, el *oneirocrites*, prestación que obviamente no era ni desinteresada, ni gratuita.

Aún cabe aludir a los ritos propiciatorios, que se desarrollarían a petición de los devotos con algún fin concreto, para el que se requería el favor de los dioses, a veces incluso para deshacer maleficios³⁰.

Si todo ello, permite evaluar la prosperidad y las desahogadas finanzas de que debieron gozar muchos de los Iseos y Serapeos, también contribuye a descifrar, en una dimensión no religiosa, la expansión y la vitalidad de que disfrutaron estos cultos, así como el creciente número de sus prosélitos, cuya captación era constantemente promovida desde los santuarios, por razones que, en muchas ocasiones, no debieron ser tampoco de índole religiosa.

Por otra parte, la propia naturaleza multiforme de Isis y Serapis, la multiplicidad de matices, facetas, advocaciones e hipóstasis de estos

²⁶ F. Dunand, *op.cit.*, I, 64 ss. En efecto, los apologetas, tales como Demetrio de Falero, Artemon de Mileto o Geminus de Tiro, referían las curas milagrosas de Serapis, incluyendo los tratamientos que prescribía el propio dios, aumentando así la celebridad de Serapis y sus milagros.

²⁷ La revelación onírica requería la interpretación profesional del diagnóstico y del tratamiento, mediante la *iatromántica*.

²⁸ F. Dunand, *op.cit.*, I, 64 y III, 57 ss., 186.

²⁹ F. Dunand, *op.cit.*, I, 63-65.

³⁰ C. Alfano, *op.cit.*, 790.

dioses, su “oportunismo” sincrético, capaz de absorber potencialidades y atributos que detentara cualquier otra deidad, constituirá un valioso instrumento devengador de beneficios. Caracterizados por ese ambiguo polimorfismo poseían contemporáneamente, un carácter, celestial, solar, cósmico, infernal, mágico, oracular, salutífero, misterioso, eran también protectores de la navegación, dispensadores de fertilidad, etc. No en vano, Isis, se convertía en la diosa *myrionymos*, “de los infinitos nombres”. En definitiva, su polivalencia y pluralidad les convertía en una especie de dioses “todoterreno”, que les permitía metamorfosearse en virtud de las preferencias o necesidades de sus devotos, y prodigarse conforme a cualquiera de sus aspiraciones o demandas, confiriéndoles, a su vez, un atractivo múltiple y sugestivo para la captación de nuevos seguidores.

En definitiva, se había dotado a su oferta religiosa, entre otras cosas, de una universalidad eficaz, susceptible de diversificar su culto y, por ende, de diversificar las fuentes de ingresos y multiplicar las posibilidades de obtener beneficios, en todas las modalidades antes citadas y en otras que aún cabría destacar (rentas devengadas de propiedades, donaciones testamentarias, etc.). Este potencial constituía una fuente casi inagotable y garantizada de riquezas, máxime cuando los sutiles mecanismos de la manipulación ideológica religiosa estaban en manos de los sacerdotes encargados “permanentemente” de los santuarios, que controlaban el culto y sus artimañas milagrosas, muy útiles para reafirmar la fe y la devoción de los fieles y quebrantar las reticencias de los más incrédulos. La instrumentalización de la voluntad divina en materia económica ponía a disposición de los santuarios un nutrido número de contribuyentes voluntarios y desprendidos, desde los más ricos a los más pobres. Iseos y Serapeos se convertían, por tanto, en un negocio seguro y fructífero, exento de pérdidas, en la medida en que no sufriera menoscabo su más preciado patrimonio: los fieles y dadivosos devotos.